

NOTAS CRITICAS

Extranjeros en el campo carlista (1)

Corrientemente se piensa que todo aquello no fué más que un absurdo pleito de dinastías que, a estas alturas, carece de virtualidad o de interés. Expresión de ese viejo afán de los españoles de polarizar, en los extremos, sentimientos y aspiraciones que acaban provocando las guerras civiles de que tan fecunda se muestra la Historia de nuestra Patria.

Y es que se ha dado en menospreciar y en quitar interés al siglo XIX, a ese siglo tan próximo a nosotros y que aun no nos ha sido posible comprender ni enjuiciar con certeza. Existen, sí, ensayos. Y presunción, mucha presunción de haber desentrañado sus secretos, sus misterios y su mentalidad.

Con la ligereza que caracteriza la mayor parte de las producciones actuales, frecuentemente vemos juicios por ahí que si algo tienen de curioso es la incesante contradicción que encierran. Y aun en producciones de un mismo autor se advierte esa falta de fijeza en las ideas referentes al siglo XIX que muestran, bien a las claras, la poca profundidad con que se enjuician acontecimientos y sucesos que tienen su raíz en la esencia misma de la peculiar manera de ser de nuestra condición de españoles.

Los liberales han clamorado al siglo que nos ocupa como síntesis, norte y fin de las aspiraciones de redención y libertad de la humana especie. No han visto en él más que el cambio alborotado de un sistema universal. El despertar de las coincidencias a una nueva era.

Los tradicionalistas lo han repudiado porque precisamente en sus tiempos asistieron con dolor a la desaparición de instituciones e ideas en que ellos fundaron siempre el bienestar material de los pueblos.

Pero entre clamores de unos y anatemas de los otros, ese siglo permanece incomprendido, porque la pasión en pro o en contra no da luz suficiente para el juicio sereno y la reflexión sensata.

Es lástima. Lástima grande que no se haya profundizado en una de las canteras más ricas de la historia del siglo pasado.

Pirala tiene la culpa. Sí, Pirala y el ambiente.

Porque Pirala, al historiar las guerras civiles hizo una obra grande. Grande en todos conceptos. Por su magnitud y por su fondo.

Y en ello estriba su culpabilidad.

Durante mucho tiempo, liberales y carlistas han recurrido a él para sus comentarios y escarceos históricos. Y parece como si nadie se haya atrevido a ir más allá. A ver lo que Pirala, aquejado de miopía por la excesiva proximidad de los sucesos que comenta, no vió o no pudo adivinar.

La obra de Pirala ha sido el tope. "Lo dijo Pirala". "No lo dijo Pirala". Supremo colofón de cuantos pretendieron estudiar una época que permanece, aun hoy, desconocida.

(1) LICHNOWSKY, PRINCE FÉLIX. *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*, prólogo y notas de JOSÉ M. AZCONA Y DÍAZ DE RADA.—Madrid—Espasa Calpe, 1942. 360 pág. más 3 láminas. (23 x 155).

Sobre todo en el aspecto caballeresco de la participación de los legitimistas de Europa en una lucha que apasionó por aquellos años a los países más remotos, Pirala se nos muestra insuficiente, casi nulo.

Y como él poco o nada dijo, los demás han permanecido mudos.

No abundan, en efecto, los que han llegado a comprender que las guerras civiles fueron una contienda europea en la que se ventilaban dos principios opuestos que marcan la separación de dos épocas.

A España vinieron, de un lado, tropas mercenarias reclutadas al estilo de las brigadas internacionales en los bajos fondos de los países adictos a la causa liberal. A los carlistas se adhirieron los mantenedores del principio legitimista tal como entonces se concebía, con su secuela de instituciones que quedaban plasmadas en el "derecho divino" de los reyes.

José María Azcona, buen estilista, historiador fecundo y paladín del siglo XIX es uno de los pocos que podía presumir de saber de ésto, si él fuera capaz de presumir.

A la chita callando se ha pasado la vida en su tranquilo refugio pueblerino, poniendo en conmoción a todos los libreros de Europa con *Desideratas* desconcertantes y difíciles de satisfacer.

Y de pronto nos brinda una traducción. La del libro de Lichnowsky, uno de los que mejor reflejan las ideas, mentalidad y aspiraciones de aquellos caballeros, franceses y alemanes sobre todo, que ofrecieron la espada a Carlos V e incluso dejaron su vida rota en cualquier peñascal de los montes vascos.

Interesante el libro en sí, interesantes el prólogo y notas, es obra que se lee con emoción y deja el regusto de románticas escenas añoradas en la delicadeza sutil de un espíritu superior.

El Príncipe Lichnowsky, de quien Azcona nos da en el prólogo una extensa biografía, aparece en el Cuartel Real de Don Carlos a principios del año 1837. Interviene como general de brigada en muchos episodios guerreros y diplomáticos. Al concluirse la guerra, vuelve a su país, redacta las memorias de su campaña y después de una intensa actividad política y social en defensa siempre de los principios católico-monárquicos, muere vilmente asesinado por los revolucionarios en Francfort. Tenía entonces 34 años.

José M.^a Azcona, buen estilista, historiador fecundo y paladín del siglo XIX, ha volcado en esta traducción todo su entusiasmo de bibliófilo, de experto en la selección de esas obras que más pueden interesar y apoderarse de los sentimientos todos del lector. Porque para José M.^a Azcona, buen estilista, historiador fecundo y paladín del siglo XIX, no existen secretos en la bibliografía de la época. Con su deje salpicado de gracia, algo así como a saltos, le hemos oído derrochar erudición y saber. La lástima es que no acostumbra a brindarnos con más frecuencia el fruto magnífico, en sazón, de sus conocimientos anecdóticos e históricos.

Ahora nos anuncia la traducción de un nuevo libro, el de Rahden, otro general alemán que sirvió con Don Carlos.

Que no se malogre su idea, y que podamos verlo pronto expuesto en los escaparates de las librerías.

Jaime DEL BURGO

El Virrey Iturrigaray (1)

Malos vientos soplaban en España al ser nombrado virrey de Méjico don José de Iturrigaray y Aróstegui. Fueran otras las circunstancias, y su nombre figuraría dignamente al lado de los otros virreyes navarros en la antigua capital azteca, D. Gastón de Peralta, marqués de Falces, Lope Díaz de Armendáriz marqués de Cadreita. D. Juan de Palafox y Mendoza, D. Juan Antonio de Vizarron y Eguiarreta, Bucareli y Ursúa y Miguel José de Azanza. No es que todos ellos estuvieran libres de algunos pecadillos políticos; pero ninguno fue blanco de imputaciones, persecuciones y violencias como él. Su carrera militar en la península, rápida y brillante, por acciones de guerra; su égida Godoy.

La sombra de este favorito de Carlos IV y de María Luisa, que llegó a ser en aquel ambiente cortesano imbécil y degenerado quien movía el engranaje político a su preconcebido fin, fué la causa de las desgracias del desventurado baztanés, virrey de Méjico, no peor que algunos de sus predecesores.

Nombrado virrey en 1802, desde su llegada a la capital del virreinato se hace simpático a los mejicanos por su trato afable, por su carácter abierto y por ser amigo de fiestas populares. (Esto más tarde, había de ser una de las acusaciones).

Muestras de su actividad fueron la organización de la milicia ante un posible ataque de los ingleses y el desarrollo de las obras públicas.

Desea complacer a su protector Godoy, y para enviar a la península la mayor cantidad posible de dinero desamortiza las Obras Pías, como el Príncipe de la Paz lo había hecho, y por ello es mal visto del clero secular y regular mejicano, poderoso y rico. De aquí nace la nota de afrancesado. Táchasele de codicioso y malversador de los caudales públicos. Mas la venalidad no es peculiar suya, sino de las circunstancias y gentes que le rodean.

La noticia del motín de Aranjuez y de la caída de Godoy, como la de la proclamación de Fernando VII y de la ida de éste a Bayona y el principio de la lucha con los franceses produjeron gran impresión y hondo descontento. Los criollos creen llegada la hora de su independencia —apetecida ya desde el siglo XVIII, si no antes—, y los españoles miran con malos ojos el favor que Iturrigaray dispensa a aquellos. Es acusado de independentista. y aun se oye el grito de "¡Viva José I!"

Una Junta de Notables, convocada para decidir la conducta que se había de seguir, ya que el rey estaba fuera de España, cautivo en Francia, aconseja la reunión de una Asamblea, y el síndico del Ayuntamiento, Verdad y Ramos dijo en ella que la prisión del rey "devolvía al común del pueblo el uso de su plena soberanía".

Se propuso la creación de un Gobierno Supremo provisional, cuya cabeza sería el virrey; aprobada la proposición por el Cabildo, fué rechazada por la Audiencia; pero el hecho de que en la península funcionaban diferentes Juntas independientes, como la de Sevilla, Asturias, etc., daba fuerza a los partidarios de un Gobierno provisional.

(1) ENRIQUE LAFUENTE FERRARI, *El Virrey Iturrigaray y los orígenes de la independencia de Méjico*. Prólogo de Antonio Ballesteros Beretta. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Madrid, MCMXLI, 450 págs. Ilustra. Láms.

Simpatizaba Iturrigaray con esta idea, que infundía entre los elementos genuinamente españoles la sospecha de que el virrey intentaba declararse independientes, y como no se llegara a un acuerdo en las reuniones que la Junta de autoridades celebró, el virrey amenazó a los oidores y dirigió una convocatoria a los Ayuntamientos para que nombrasen sus representantes.

Como el obrar de esta manera se creyese fuera de las atribuciones vicerreales, al elemento español parecióle ver la confirmación de sus temores; tramóse contra Iturrigaray una conspiración fraguada por el marino navarro D. Juan de Jabat, natural de Ochagavía y el oidor Aguirre, y dirigida por el vizcaíno don Gabriel Yermo, acaudalado comerciante, quien, con trescientos hombres, asaltó a media noche el palacio vicerreal, dando muerte al centinela y se apoderó de Iturrigaray, que fué llevado a la cárcel de la Inquisición y de su señora e hijos, a un convento.

El arzobispo, los oidores, Yermo y otros conjurados nombraron virrey al Mariscal de Campo D. Pedro Garibay, después de declarar a Iturrigaray depuesta del cargo.

El licenciado Verdad y Ramos, el mercedario P. Melchor Talamantes, en cuyo poder se encontraron papeles que probaban la preparación de la independencia, y otros eclesiásticos y seglares, amigos —o de tales se les tildaba.— de Iturrigaray, fueron también presos. A Verdad y Ramos se le encontró muerto en el calabozo, y el P. Talamantes murió asimismo misteriosamente, no sin sospechas de envenenamiento ambos.

Traído a España Iturrigaray, la Junta Suprema que ejercía el mando en nombre de Fernando VII, le sometió a juicio, pero se sobreyó, excepto el de residencia.

Iturrigaray murió en Madrid en Diciembre de 1815.

Tal es, en síntesis, la obra de Lafuente Ferrari. Obra documentada en Archivos nacionales y americanos. Alguna vez, las pinceladas son, si no negras del todo, por lo menos sombrías; pero en las consideraciones finales las atenúa y suaviza.

Iturrigaray era un hombre dominado por las circunstancias.

Tiene, además, la obra, aparte el interés general, el especial para nosotros, pues navarro era Iturrigaray, y navarros, también, personajes de tal relieve, junto al principal, como Jáuregui y Jabat.

J. ZALBA.

San Eulogio y Navarra

El P. Justo Pérez de Urbel acaba de publicar la segunda edición de su magnífica biografía de San Eulogio de Córdoba, hace varios años agotada (1). Ahora que el género biográfico invade los escaparates de las librerías creemos oportunísima la reedición de esta obra que, por la grandiosidad de la figura estudiada y la fluidez y galanura del estilo, sin traicionar la precisión y seguridad del dato, la colocan entre las mejores obras españolas de su género. Porque, escrita sin

(1) *Su Eulogio de Córdoba o la vida andaluza en el siglo IX*. Ediciones Fax, Madrid, 1942.

alardes de erudición, todas sus afirmaciones hasta las más menudas están fundadas en el testimonio de escritores coetáneos.

Para nosotros la figura de San Eulogio tiene el singular interés de darnos testimonio de la intensa vida religiosa de Navarra a mediados de la novena centuria, precisamente cuando se estaba forjando un reino del que apenas tenemos información directa.

Deseando San Eulogio visitar a sus hermanos Alvaro e Isidoro que habían llegado por asuntos comerciales hasta las tierras de Luis de Baviera, emprendió el camino de las Galias por la Marca Hispánica. Pero encontró toda la tierra sublevada contra Carlos el Calvo por el Conde Guillermo, que esperaba le enviara refuerzos Abderrahmen II. Entonces pensó desviar su ruta utilizando el paso de Roncesvalles, pero los partidarios de otro conde también rebelde, el Conde Sancho Sánchez, atemorizaban el país. En esta triste coyuntura, no atreviéndose a cruzar los Pirineos entre las bandas de salteadores que poblaban el país, el obispo de Pamplona Wiliesindo acogió paternalmente al santo viajero, le consoló en sus ratos de abatimiento y le orientó para que visitase los monasterios del Pirineo, y muy especialmente el de San Zacarías, cuya fama, según dice, resplandecía por todo el occidente.

Visitó Eulogio el cenobio de Leire y a su abad Fortunio, el de San Martín de Cillas —en Aragón, próximo al Roncal— y a su abad Atilio, los de Igal y Urdaspal —cerca de Burgui— en 1085 agregados a Leire, y sobre todo el Cisarriense de San Zacarías y a su abad Odoario con sus monjes que pasaban de ciento. El testimonio de San Eulogio dice mucho de la virtud y ciencia de estos monjes del Pirineo navarro, en una época de abatimiento y decadencia general de la España cristiana. Y el P. Pérez de Urbel sabe con su fina pluma revivir el ambiente monacal de oración, caridad y penitencia de aquellos santos padres del siglo IX.

En un punto nos permitimos discrepar de la autorizada opinión de Fray Justo Pérez de Urbel. Es en la fecha en que el santo cordobés realizó su viaje por Navarra. La fecha generalmente admitida es el año 848, pero el P. Urbel la adelanta al 845 o al siguiente fundándose en que tuvo que ser después del año 844 en que el conde Bernardo fué ejecutado y su hijo Guillermo encendió una nueva guerra en Cataluña, la guerra de que nos habla San Eulogio en su epístola, según Pérez de Urbel. Por otra parte, nos dice Eulogio que cuando él llegó a las puertas de la Marca Hispánica, Abderrahmen ayudaba al rebelde contra Carlos el Calvo. Por tanto, deduce Fr. Justo, esto sucedía antes del año 847, en cuyos comienzos llegaron a Francia los legados del emir para concertar la paz con el emperador. Y si tenemos en cuenta que durante el año 846 suspendió el emir toda empresa guerrera, resulta que Eulogio emprendió su viaje, según todas las probabilidades, en el año 845 (pág. 90).

En primer lugar, la paz solicitada por los embajadores de Abderrahmen en 847 no parece tuviera ningún resultado práctico, según Lot (2). Por otra parte, sabemos que en 848 toda la Marca Hispánica está revuelta ya que Guillermo, el hijo de Bernardo, se había apoderado de Ampurias y Barcelona (3).

(2) LOT, *Le regne de Charlei le Chauve (840-877)*, pág. 170.

(3) *Guilhermus, filius Bernardi. Impuriam et Barcinonam dolo magis quam vi capit* (Aun. Bertiniani. Pertz, I. 443).

Hasta este año 848 no aparece Sancho Sánchez como duque nacional de los gascones, que debió ser nombrado en la asamblea de Orleans de junio de 848, y que había sucedido al franco Guillermo, muerto sin duda por los normandos en ese mismo año, Pipino el Niño, sobrino de Carlos el Calvo y pretendiente **al trono, parece que se refugió** en Gascuña, y **sin duda a** su instigación Sancho violó los juramentos prestados a Carlos el año precedente. Toda la Gascuña estuvo en plena revuelta, y es entonces sin duda cuando San Eulogio intentó cruzar el Pirineo navarro. No obstante, estas revueltas se apaciguaron al parecer muy pronto y el paso a través de Gascuña volvió a ser practicable, ya que a comienzos del verano de 850 vemos a dos duques navarros, Eneco y Semen, que acuden a Carlos para pedirle la paz y ofrecer presentes (4). La embajada navarra obtuvo una favorable acogida en la asamblea de Verberie de junio 850 (5).

Por tanto el viaje de San Eulogio debió hacerse entre 848, en que Sancho Sánchez sucede al duque Guillermo, y junio de 850, en que ya había paz en los Pirineos para que pudieran cruzarlos los enviados navarros.

Como esta segunda edición de la vida de San Eulogio es una simple reproducción de la primera, se repite algún lapsus que hubiera podido corregirse: **ej. el monasterio de Igal** no estaba a orillas del río Aragón, sino del Salazar.

José M.^a LACARRA

SUBIAS GALTER (Juan) *Imágenes españolas de la Virgen*. "Ediciones Selectas", Barcelona, 1941, 94 págs. y 31 láminas.

Se reproducen hasta cinco imágenes navarras: las de Ujué, del Amparo (Catedral de Pamplona), del Puy de Estella, de Irache y de Roncesvalles. Las descripciones son vagas y ligeras como de persona lega en la materia y las citas bibliográficas imprecisas e incoherentes. La utilidad de la serie es escasa, por no decir nula, y hasta los nombres propios van mal transcritos.

BLECUA (José Manuel) *El viaje de Góngora a Navarra*. "Revista de Filología Española", t. 25, 1941, páginas 403-404-

Parece que Góngora vino a Navarra en 1609.

cuando el cabildo cordobés le mandó a hacer la información de limpieza de sangre de don Diego Pardo. En 1609 está fechado el bellissimo soneto que dedica a una quinta que mandó hacer el obispo Venegas en Burlada. El poeta no pudo dormir en Pamplona por lo mucho que tocaban las campanas, y sin duda lo dejó entrever en alguna poesía. El señor Blecua publica un soneto conservado en el ms. 3795 de la Biblioteca Nacional y dirigido "Contra uon Luis, que estando en Navarra se quexó de que las campanas le quitaban el sueño. Nótale de buen hablador y algo sin Dios".

BENEDETTO (L. Foscolo) *L'epopea di Roncisvalle*. Sansoni 1941.

IBARRA RETANA (J. de) *Ve-cindades, cofradías y gremios*. "Arte-

(4) *Fragmentum Chronici Fontanallensi*, M. G. H. SS, t. II p. 303.

(5) Seguimos para esta exposición a LOT, op. cit. pág. 210.

sanado de Alava. Del antiguo Vitoria". Vitoria, Hijo de Iturbe, 1940, 8.º, IV, 95 páginas.

IBARRA Y RODRIGUEZ (Eduardo) *La reconquista de los Estados pirenaicos hasta la muerte de Don Sancho el Mayor* (1034). "Hispania. Revista Española de Historia", 1942, núm. VI, pág. 1-63.

Resumen claro e interesante del estado de la materia acerca de los orígenes de la reconquista en los Estados Pirenaico».

MATEU Y LLOPIS (Felipe) *So-*

bre el numerario visigodo de la Tarraconense. "Ampurias", t. III, 1941, pág- 85-95.

Se rechaza la autenticidad de la ceca visigoda de Cestauvi que Heiss y Campaner localizaban en la montaña navarra, en el caserío que recibe los nombres Cestovi, Chistoya, Sastuya, etc. en el partido de Aoiz.

SUSAETA (Raimundo) *Firmino de Pompelo* (Hagiografía novelada). Ilustraciones y portada de Parramón. 1942. Editorial Gómez, Plaza del Castillo. 28. Pamplona, 220 pág. 10 ptas.